

PÁGINAS INOLVIDABLES

«NO ME IMPORTA NADA»

SSVM

Hace algunos años, antes de entrar en la vida religiosa, frente a la dificultad en el desarrollo de algún programa o algún plan con mi grupo de amigos (especialmente con mis amigas) decíamos espontáneamente una frase que era como una «frase-fuerza» que tenía la magia de hacer desaparecer los temores: «*no me importa nada*».

Claro que esta frase no la usábamos «pura o debidamente por amor de Dios», aunque -vale aclarar- tampoco para hacer cosas malas, sí puramente humanas o mundanas.

Y así, cuando queríamos ir a un congreso a tres horas de un lugar y después estar en una peña en otro lugar y no faltar a tal fiesta y al otro día teníamos algún apostolado o teníamos que estudiar, veíamos la empresa que nos proponíamos, medíamos los tiempos y las fuerzas y decíamos: «yo lo hago»... y nos lanzábamos a la carrera de dormir poco y hacer mucho sin faltar a los deberes más importantes con Dios y la familia. Y decíamos «*no me importa nada*» porque era la forma de convencernos de que no había nada que temer aunque de hecho sintiéramos un poco de miedo o viéramos que era temerario.

Nuestras madres que nos veían, se lamentaban de vernos correr sin cesar, porque se daban cuenta de que allí había un desorden... ¡claro! No hacíamos esas cosas precisamente por la salvación de nuestras almas y por eso nos fallaba el discernimiento y de hecho estábamos cansadas y no tan contentas como podríamos si el mismo empeño lo pusiéramos en amar a Dios.

Ahí estaba el punto... amar a Dios.

Pasó el tiempo, y esas almas agitadas de aquí para allá por las miles de actividades tuvieron que plantearse cosas que daban miedo de verdad, que

parecían temerarias a los ojos del mundo. Y para lanzarse a esa empresa debieron decir «*no me importa nada*»...

Primero entró uno de los chicos al seminario. Dejó al grupo, dejó las diversiones y las largas charlas «filosóficas» (sofista le decíamos nosotros porque tenía una gran habilidad de hacer argumentos muy «rationales» para salirse con la suya). ¡Y qué hermoso que era todo eso! ¿Y no daba miedo dejarlo?... ¡claro que sí! Pero: «*no me importa nada*». El resto, nos alegramos inmensamente, algunos y otros no lo entendieron, pero eso poco importaba porque a él «no le importó nada».

Cuando este entró le mandó a un amigo las constituciones del Instituto y ese pelilargo las leyó y dijo: si esto se vive, yo quiero ser parte, «*no me importa nada*» y entró.

Después entró una de las chicas al convento: dejó buen trabajo, una carrera bastante bien llevada, su auto medio chatarra pero «suyo» que recién se había comprado y por el cual la felicitábamos (era un éxito entre los del grupo), y dejó de ser la cabeza de un grupo de estudio, cosa bastante honrosa en el círculo de amistades. Y a ella «no le importó nada». Para mí fue un baldazo de agua fría y un reproche: «ellos se hacen santos y yo nada»... la sangre hervía de atracción por lo grande. Tras ella se fue otra...

Y ese verano, una de mis mejores amigas del grupo tenía que decidir entre irse de vacaciones con su familia al sur o irse al curso de universitarios en San Rafael. ¡El curso... cuántos hermosos recuerdos! (no era la primera vez que lo hacía)... ¿pero las vacaciones familiares?, pesaban mucho. Y dijo: «*no me importa nada*» y se largó a hacer las dos cosas. Sí, las dos cosas. Empeñando sus ahorros y corriendo, perdiéndose parte de las vacaciones y parte del curso. Cualquiera otro hubiera dicho: «hago una cosa bien hecha y ya está»... pero a esta «no le importaba nada». Y después de los únicos cuatro días del curso en San Rafael (que en realidad duraba ocho) nos avisaba por mensaje de texto que tenía una noticia para darnos (no, no se hizo monja... no todavía): ¡se había puesto de novia con un chico que ni conocía y que encima vivía a más de mil kilómetros!! Estaba loca: «no le importaba nada»... era un chico virtuoso, de buena familia, de nobles ideales... ya está, nada más que pensar, pensarlo da miedo y «*no me importa nada*». Y lo mejor es que ese chico se encargó, aún sin darse cuenta creo, de serenarla. Y mi amiga dejó de correr tanto.

En junio las dos anteriores tomaban el hábito, y ésta que estaba más tranquila (pero no tanto) organizó sus cosas medio como pudo y se vino a verlas (digo «vino» porque desde acá escribo yo ahora).

Ahí se encontró de sopetón con la propuesta de una empresa magnífica que la fascinaba y la atraía... y daba miedo, imucho miedo! Y ella dijo: *«no me importa nada»* (hoy es para mí un hermoso ejemplo de religiosa). Y el chico que conoció en el verano es también hoy religioso de nuestra congregación.

Y cuando mi Esposo me puso en el aprieto (debo decir que el temor que se siente es grande, es un vértigo importante) de lanzarse uno así a lo que contradice todos los proyectos de la vida para entregarse a algo de lo cual se conoce muy poco -casi nada- pero que tiene una atracción irresistible (la atracción de las grandes empresas y de servir a un Rey tan entero y tan Señor); la única forma era no pensarlo mucho y decir *«no me importa nada»*. Y lo gracioso es que esa frase resonaba con toda su fuerza en la mente; las mismas exactas palabras que nos movían a lanzarnos a cosas difíciles o arduas, pero mundanas, fue una fuerza en el temor, ahora sí, para servir al único que merece ser servido.

(Yo no fui la última, y los llamados de Dios desde el primero se siguieron en cadena e inmediatamente después que, en una Parroquia a la que asistíamos, se abrió una capilla de adoración permanente donde la mayoría de los miembros del grupo comenzó a cubrir algún turno).

Pasado el tiempo nos reíamos, y ante las dificultades y los desafíos de esta hermosa y difícil vida nos decíamos *«no me importa nada»* y nos reíamos con sonrisas cómplices.

Es impresionante la fuerza de algunas expresiones.

Y es hermoso que Dios se haya servido de la temeridad de un grupo de pobres tipos para transformarlos en sus discípulos y que nos haya querido regalar en esas palabras mal usadas otras veces, la fortaleza para decir que sí.

Ruego a Dios que nos de la fuerza y la «temeridad» para lanzarnos a todas sus empresas, que «nunca nos empiecen a importar las cosas», las criaturas... que ante sus suaves pero irresistibles susurros, y viendo lo débiles que somos, tengamos el valor de decir una y mil veces *«no me importa nada»*... *«me glorío en mi debilidad»* y *«todo lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo»*.